

# DOMINGO 2 DE ADVIENTO “B”

Is 40,1-11 + 2 Pe 3,8-14 + Mc 1,1-8



## **¡Ánimo, hay camino!**

---

Son hermosas las palabras de consuelo del profeta, puestas en labios de Dios, para aliviar el sufrimiento de su pueblo y darles ánimo para emprender el retorno. La experiencia del triste destierro de Babilonia es interpretada como la pena impuesta por Dios por sus continuas deslealtades. Pero el Señor declara que ya es suficiente. Su perdón será el motor liberador que les haga recobrar el ánimo y las fuerzas para volver a la alianza y retornar a Jerusalén.

También los primeros cristianos tuvieron que pasar dificultades y privaciones en un mundo adverso y hostil, que les negaba el pan y la sal y los llevaba a la muerte. Tanto más cuanto que se retrasaba demasiado la esperada y deseada intervención de Dios. El retorno de Cristo, que creían inminente, no llegaba nunca. En esa crisis de desmoralización, Pedro escribe cariñosamente a los cristianos, razonando que la aparente tardanza de Dios es porque no tiene prisa y da largas para que todos puedan tener oportunidad de convertirse. Por eso les invita a la esperanza y a trabajar sin descanso.

Y ése es también el mensaje del Evangelio, el de Jesús cuando anuncie la Buena Noticia de la inminencia del Reino de Dios. Y, en el evangelio que hemos leído, el mensaje de Juan, la voz que clama en el desierto, invita a preparar el camino para acelerar la venida del Señor.

## **La esperanza abre camino.**

---

También hoy atraviesa el mundo tiempos duros. Se multiplican los problemas, se dejan sin resolver las grandes cuestiones del hambre, de la desigualdad, de la violencia, se globaliza el terrorismo, se apuesta obstinadamente por la carrera de armamentos, se trafica con la justicia, se vulneran los derechos humanos y se desconfía del ser humano, de la solidaridad, de la buena voluntad, de la búsqueda de la fraternidad. La inmoralidad se traduce en falta de moral, de esperanza, de fe en un cielo nuevo y una tierra nueva en que habite la justicia. Las utopías parecen en recesión.

También hoy atravesamos los cristianos tiempos difíciles. A veces tenemos la impresión de estar como dejados de la mano de Dios, y muchos cristianos se sienten tentados a tirar la toalla, a dejarlo todo, a despreocuparse del mundo, convencidos de que no tiene arreglo, y de la misma Iglesia, dolidos por lo que creen un olvido intencionado de las expectativas suscitadas por el Concilio, desmoralizados por el constante retroceso de las prácticas religiosas y por el incremento de nuevas religiones o de la indiferencia y el abandono.

Para todos nosotros suena hoy con fuerza el Evangelio, la Palabra de Dios. Para todos nosotros clama, aunque nos parezca que en el desierto, la voz de los profetas llamándonos a la esperanza y a la acción. Isaías invita al pueblo a emprender el camino del retorno, de la libertad, de la lealtad. Pedro nos urge a trabajar para apresurar los acontecimientos. Juan nos invita a preparar el camino para que llegue pronto lo que esperamos, si es que esperamos el cielo nuevo y la nueva tierra en que habita la justicia.

## **Preparar el camino.**

---

Preparar el camino es, en principio, poner en el punto de mira la meta, creer en el Evangelio, fiarnos de la promesa de Dios a pesar de todo y tomarla en serio, empezando a trabajar en ese sentido. Ello exige de nosotros un cambio profundo al que nos llama Juan, invitándonos a la conversión del corazón.

Porque no se trata sólo de un cambio de conducta, de evitar el mal, sino de un cambio de mentalidad, superando prejuicios y pesimismo y recuperando la fe en Dios y en los semejantes, recuperando la utopía y la esperanza. Preparar el camino es, en segundo lugar, comunicar y compartir con todo el mundo nuestra esperanza. Lo que no podemos hacer sólo diciendo buenas palabras, porque si sólo son palabras no harán más que aumentar la desmoralización. Hace falta, por tanto, el testimonio, el ejemplo, las obras que acrediten lo que decimos. Hace falta, sobre todo, el testimonio colectivo, el de los grupos, el de las comunidades, el de las diócesis y de la Iglesia universal.

Todos los años, cuando se acerca la Navidad, nos disponemos a celebrar este acontecimiento fundamental de nuestra fe. Y lo hacemos siempre en el horizonte de la segunda venida del Señor. Nuestra vida transcurre, por tanto, en tensión entre la primera venida del Señor, que sustenta nuestra fe, y su segunda venida, que alimenta nuestra esperanza. Que la caridad discurra, animada por el Espíritu, en solidaridad con todos los hombres y mujeres de buena voluntad para construir el mundo que Dios quiere, como Dios quiere.